

El PSOE se quita la careta

Justo de la Cueva

Me alegro de que estén muertos. Para mí, que sigo considerando un orgullo y un honor haber sido Secretario General de la Agrupación Socialista Madrileña del PSOE histórico en la clandestinidad, supuso un profundo dolor el goteo intermitente de las noticias de las muertes de **Alfonso Fernández**, de **Alonso Muñoz**, de tantos y tantos viejos compañeros míos socialistas que en estos últimos años han ido muriéndose, cargadas las espaldas con años y años sufridos en las cárceles franquistas con las espadas de **Damocles** de varias penas de muerte suspendidas sobre sus cabezas, abrumados por los 40 años de persecución y sufrimientos.

Eran los compañeros de los que aprendí un estribillo con música de pasodoble y verso ripioso («*Que el Partido verdadero, el Partido verdadero, es el Socialista Obrero*») que hacía brillar los ojos de esperanza y correr más veloz la sangre por los pulsos en la noche oscura de la dictadura. Hoy me parece terrible sentirlo y escribirlo, pero me alegro de que estén muertos tantos y tantos de esos viejos compañeros socialistas, hombres tan hombres, tan entrañables, militantes tan abnegados, revolucionarios marxistas tan sólidos y tan constantes, luchadores tan duros e implacables con el enemigo de clase como cálidos con sus compañeros y amigos, tan austeros, tan incorruptibles, tan sufridos, tan fieles, tan valientes, tan solidarios...

Y me alegro de que estén muertos porque eso les ahorra lo que sé que para ellos habría sido más insostenible que las torturas franquistas a las que sobrevivieron: la desolación, la angustia y la vergüenza de ver que su antiguo Partido, el PSOE, deja de ser, incluso en la letra de los Estatutos y del programa, obrero y socialista.

La "O" del PSOE ha sido la careta que disfrazó 12 años de práctica antiobrera, antisindical y antisocialista del Partido de Felipe al servicio del Capital.

La frase clave de los párrafos anteriores es ésta: «incluso en la letra de los Estatutos y del programa». Porque hace ya 12 años que en su práctica el PSOE de Felipe ha dejado de ser un Partido de clase, un Partido Socialista, un Partido Obrero. Hace ya años que Felipe ha reconvertido «su» PSOE en un Sindicato del Pesebre, en un Convento de «Arrecogías» para arrepentidos y arrepentidas, para ex aspirantes a revolucionarios/as, en una casa de masajes ideológicos. Hace ya años, 12, que la «O» del PSOE funciona como la careta que disfraza la política, la prác-



tica, antiobrera, antisindical y antisocialista del Partido de Felipe al servicio del Capital. Y era inevitable que el PSOE de Felipe acabara quitándose la careta.

Era inevitable que terminara acomodando la teoría, la doctrina, los Estatutos y el programa a su práctica cotidiana. Lenin enseñó que «sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria». Pero cuando la teoría revolucionaria es abandonada en la práctica, cuando se convierte en mera reliquia, en jaculatoria, en «programa máximo» aplazado ad calendae graecas, en cláusula de estilo impresa en un carnet, la práctica acaba por imponer su imperio y obliga a abandonar la reliquia. Si no vives como piensas, acabas por pensar como vives. Marx lo advirtió en una frase genial y rotunda: «No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia».

El PSOE de Felipe lleva los doce años transcurridos desde la muerte de Franco plegándose dócil y sumiso a la estrategia y a la táctica del bloque de clases dominante. Lleva doce años en los que ha ido sucesivamente desdiciéndose, rectificándose, rebajándose, negándose, hundiéndose en la más hedionda traición a la clase obrera, en la sumisión al Capital. Ha retrocedido de la ruptura democrática a la reforma aceptada; de la reforma aceptada a los Pactos de la Moncloa. Y de ahí al aplauso a la Corona, a la

glorificación, el ascenso y la condecoración para las policías torturadores del franquismo, a la aprobación de las leyes «antiterroristas, a la sustitución del siniestro Tribunal de Orden Público de Franco por la Audiencia Nacional. Felipe ha hecho desfilar a su» PSOE marcando el paso de la oca, aceptando, aplaudiendo y vitoreando las medidas del nuevo nazifascismo, del Estado autoritario típico de la «democracia industrial avanzada» europea que une la técnica alemana con la befa francesa a su antiguo lema que rezaba «Francia, Tierra de Asilo». Felipe ha hecho que a «su» PSOE se le caiga la imbécil baba ante las supercárceles, los superpolicías, las supertorturas, las superescuchas, los superdelatores, los superarrepentidos, los supersobornos de millones, las superescuchas y los supercontroles electrónicos. Ante todos los siniestros juguetes de las más modernas y sofisticadas dictaduras de la burguesía que hoy en Europa se disfrazan de democracias parlamentarias.

Ya en el Gobierno, Felipe ha hecho que «su» PSOE bendijera el SI a la OTAN, que su Ministro Morán firmara la renovación de la franquista entrega de bases militares al bestial belicismo imperialista de los USA, que cientos y cientos de miles de millones de pesetas de gastos militares se financiaran con la degradación de la Sanidad y de la Enseñanza y con el crecimiento del número de los pobres españoles contabilizados hasta la terrible cota de los ocho millones. Mientras que él, Felipe, sustituía a Franco en el papel (legal) de «generalísimo de los Ejércitos» y en el (propagandístico) de Centinela de Occidente.

Así ha sido la noche oscura de la «transición democrática» por la que andamos perdidos. Así ha sido el cambio del sistema de dominación que hizo posible que continuara y se multiplicara la dominación y la explotación de la clase obrera. Por eso ha podido el bloque de clases dominante alcanzar su objetivo fundamental durante estos 12 años pasados: la reconversión, la reestructuración de la economía, la recuperación de la tasa de su ganancia del Capital. Por eso, según los datos oficiales de la EPA del Instituto Nacional de Estadística, el Capital ha podido, entre 1976 y 1986, hacer desaparecer más de 200.000 empresas y destruir 1.937.000 puestos de trabajo que ya no le eran rentables. Por eso los parados «oficiales», que eran dos millones y pico (2.134.000) el trimestre anterior a la subida de Felipe al Gobierno, han pasado a ser más de tres millones gracias al Gobierno del PSOE de Felipe.

Y así es como, porque es el ser social el que determina la conciencia, era inevitable que Felipe ajustara la doctrina oficial del PSOE esa práctica. Que acabara haciendo que el PSOE dejara de decirse Partido de la clase obrera para pasar a proclamarse interclasista.

Y, sin embargo, ese cambio de la letra de los Estatutos y del programa tiene, además, una finalidad que conviene analizar. Es cierto que Felipe y su PSOE han hecho lo que tenían que hacer para mejor servicio y beneficio del Capital (fabricar, en vez de 800.000 puestos de trabajo, más de 800.000 nuevos parados para recuperar la tasa de ganancia del Capital). Como Marx predijo sólo se entiende la política si se hace la crítica de la economía política. Pues bien. A Felipe aún le queda por hacer un servicio im-

portante para la economía política del bloque de clase dominante: flexibilizar el mercado de trabajo, implantar el despido libre y gratuito. Para cumplirlo se quita ahora la careta.

El cambio del PSOE. De Partido de clase a Partido interclasista. El abandono del proyecto histórico de la clase obrera

En el Congreso de Suresnes, en octubre de 1974, la fracción «renovada» del PSOE, entonces escindido, eligió a Felipe González como Primer Secretario del Partido. La Resolución Política del Congreso comenzaba diciendo: «El PSOE, cuya aspiración es la conquista del poder político y económico por la clase trabajadora y la radical transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista». En enero de 1975, ni el órgano del Partido El Socialista y bajo el título «Nuestros objetivos», se glosaba esa declaración afirmando que «nuestro Partido es una organización que no está dispuesta, una vez conseguido el poder político, a dejar intactos los mecanismos económicos capitalistas, convirtiéndose en un buen administrador de la sociedad capitalista». En el XXVII Congreso, celebrado en Madrid en diciembre de 1976, la Resolución Política (substancialmente aprobada siguiendo la propuesta de la Delegación de Madrid en la que nos habíamos reunificado ya «históricos» y «renovados») declaraba que «El PSOE se define como socialista porque su programa y su acción van encaminados a la superación del modo de producción capitalista mediante la toma del poder político y económico y la socialización de los medios de producción, distribución y cambio por la clase trabajadora. Entendemos el socialismo como un fin y como el proceso que conduce a dicho fin, y nuestro ideario nos lleva a rechazar cualquier camino de acomodación al capitalismo o a la simple reforma de este sistema». También se añadía la «declaración de la dictadura del proletariado» (de lo que Felipe sólo consiguió quitar precisamente la frase dictadura del proletariado y la cita directa a Marx y Engels). Allí el PSOE reivindicaba la revolución socialista y decía «Hasta que se cubra ese objetivo final de la sociedad sin clases, con la consiguiente desaparición del Estado, y se cambie el gobierno de los hombres por la administración de las cosas, existirá una etapa transitoria de construcción del socialismo en lo que serán necesarias intervenciones enérgicas y decisivas sobre los derechos adquiridos y las estructuras económicas de la sociedad burguesa». También conseguimos los de la Delegación de Madrid incluir en la Resolución que el PSOE reafirmara su carácter de partido de clase, marxista y democrático y la definición «Somos un partido de clase obrera: la desaparición de la explotación del hombre por el hombre y la construcción de una sociedad sin clases». Y que se declarara totalmente vigente el programa máximo del PSOE (que en su tiempo recibió la expresa aprobación de Marx). Programa máximo que comienza diciendo: «Considerando: que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una, la burguesía, que poseyendo los instrumentos de trabajo es la clase dominante; otra, el proletariado, que no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada» y concluye «En suma: el ideal del Partido socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora, es

decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes».

Así era la definición con la que el PSOE (que todavía no era el «PSOE de Felipe»), se presentaba en el Estado español a la altura de diciembre de 1976. Incluso todas las rebajas introducidas por los Congresos después y desde el Extraordinario del otoño de 1979 (cuando ya era el «PSOE de Felipe») habían respetado hasta ahora la definición como Partido de clase y la reafirmación del centenario programa máximo. Esas últimas reliquias son las que va a tirar ahora por la borda el XXXI Congreso.

En efecto. El 17 del mes pasado Benegas presenta en rueda de prensa la «ponencia-marco» para el XXXI Congreso y comunica que incluye una propuesta de modificación de la actual definición del Partido contenida en el artículo 2 de los Estatutos. Donde ahora dice que el PSOE es «una organización política de la clase trabajadora que se configura como instrumento de ésta para la consecución de su completa emancipación a través de la transformación de la sociedad» se va a suprimir, muy significativamente, la frase que sigue a la palabra «trabajadora» y se va a añadir este texto: «y los hombres y mujeres que luchan por una sociedad libre, igual, solidaria y comprometida con la paz y el progreso de todos los pueblos». Una enmienda introducida en el Comité Federal celebrado los días 2 y 3 de octubre ha interpolado, detrás de 'los hombres y mujeres que luchan' la frase 'contra todo tipo de explotación aspirando a una sociedad libre', etc.. Ninguna alusión al programa máximo en la ponencia-marco.

La interpolación no es más que un guiño «progre». Lo decisivo es que el PSOE: 1) Ya no se dice sólo de la clase trabajadora; 2) ya o se define como un instrumento de esa clase para conseguir su completa emancipación; 3) ya o espira a la transformación de la sociedad. Interpretando muy correctamente el propósito profundo de este CAMBIO del PSOE, la prensa tituló el 18 de setiembre la información de esta guisa: «El PSOE se definirá con un partido interclasista» («Diario 16»); «El PSOE abraza el interclasismo» («ABC»); «El PSOE acuerda no limitar el partido a la clase trabajadora» («Egin»); «El PSOE deja de ser únicamente para la clase trabajadora» («Deia»).

Ese hipócrita y empedernido embustero que es Alfonso Guerra ha tenido la desergüenza de emular al Gran Hermano de Orwell y reescribir la Historia firmando que «La concepción interclasista de los partidos socialistas y concretamente del español es una cosa muy vieja, es antigua, no sería ninguna novedad el que se pudiera pronunciar eso» («Navarra Hoy», 20-9-1987, pág. 43).

No quitarán la «O» de las siglas por razones de marketing

La hipocresía de Felipe y Guerra se exhibe de nuevo en el hecho de que no quiten la «O» de las siglas a pesar de que han diluido el carácter obrero de la definición. La razón de esa conducta es, claro está, una consideración de marketing. La implantación de la marca PSOE exigiría miles y miles de millones de pesetas de inversión publicitaria para el

Felipe y Guerra saben demasiado bien que los iniciales cinco millones de votos los cosecharon en 1977 gracias al temor inculcado por el franquismo respecto del comunismo y gracias a la memoria histórica polarizada por las siglas PSOE, como de forma similar sucedió en Euskadi con las siglas PNV.

caso de que se pretendiera sustituirla por otra de similar eficacia. Y hay millones de trabajadores alienados que votan PSOE y no leen nunca periódicos y que no se enterarán del cambio de definición del partido, si siguen igual las siglas.

«Los capitalistas ya no son enemigos del socialismo. De partido socialista a Partido socialcristiano, liberal-paternalista y neocapitalista de los jóvenes empresarios y de los Grandes Expresos Europeos»

El señorito Benegas alecciona a los «cuadros» del PSOE: «¿Es el empresario, el capitalista como decíamos antes con nuestro lenguaje antiguo, un enemigo del proyecto socialista o un elemento importante como generador de empleo y de excedentes que permitan una mejor redistribución de la riqueza?». Para el señorito Benegas está claro. Marx es un antiguo, los capitalistas no arrancan plusvalía a los obreros sino que acumulan inocentes excedentes con la benéfica intención de que todo el mundo viva mejor. Hasta los obreros se han curado de ilusiones. Porque, vamos a ver —Benegas dixit— «¿Aspira la clase trabajadora hoy a la sustitución de la sociedad capitalista?». No, ¡Jesús! ¡qué ordinariez! Lo que pasa, sigue Benegas, es que «el capitalismo duro ofrece hoy consumo a masas cada vez más frustradas, pero cada vez más deseosas de acceder al mismo». ¡Albricias! Las «musas frustradas» están de enhorabuena. En vez de «capitalismo duro» el PSOE les va a meter capitalismo blando. Busque, compare y si encuentra algo mejor, vótelo. Pero recuerde la diferencia: el PSOE le regala la vaselina.

Esos patéticos bufones de «Izquierda Socialista», que cobran por hacer la gracia de llevarle la contraria a su señorito, han dicho —como siempre— parte de la verdad. Que la ponencia-marco «sustituye el pensamiento socialista por otro de corte liberal-paternalista». Que es «un canto acritico a la economía de mercado, a la gestión empresarial y la dinámica capitalista» que parece elaborada por «un círculo de empresarios». Que dibuja un partido «socialcristiano». Que propone un modelo de partido «interclasista, modernizador y vagamente filantrópico. Que «abandona, no ya el campo del marxismo, que ya está abandonado, sino el del socialismo y de la izquierda». Que «es tan impudicamente liberal que supone una invitación a que los socialistas abandonen el partido». Que el felipismo ha «hallado la cuadratura del círculo» haciendo del PSOE, a la vez, «el partido de los jóvenes empresarios y el partido de los pobres».

Imperdonablemente, se han olvidado de que el nuevo PSOE es también el Partido de los Grandes



Expertos Europeos ignorando la audaz propuesta de Guerra, alias «El europeo», para crear el P. Socialista Federal Europeo.

El PSOE, Sindicato del Pesebre

Un inocente espectador podría preguntarse: ¿por qué no se ha ido del PSOE éstos de Izquierda Socialista? ¿Qué hacen unos rojos como ellos en un Partido como éste? Naturalmente, cobrar. El sueldo (y lo que cuelga) de Consejero del Poder Judicial o de diputado o de lo que sea.

El PSOE de Felipe es de Felipe porque Felipe lo ha convertido ya hace años en un Sindicato del Pesebre. Según una investigación sociológica del propio PSOE, el 82% de los militantes reconoce que participa nada, escasamente o regular en la vida del partido. Hay 30.000 afiliados que ocupan cargo público. A los que hay que sumar los que cobran por cargo en el partido. Y las mujeres y los hijos de ambas categorías (el 64% de las mujeres casadas afiliadas son esposas de afiliados, el 45% de los afiliados son hijos de afiliados). No sería exagerado cifrar en 80.000 los afiliados que, personal o familiarmente, «chupan del bote». Curiosamente coincidentes con el número de los que pagan regularmente las cuotas. Los que «sobran» están en las «listas de espera», aparte de algunos puñados de nostálgicos y alienados.

Hasta el pobre Pedro Calvo Hernando, que ha hecho de felpudo «modelo Victoria Prego» para Felipe en un libro tan hagiográfico y veraz como el que «Cándido» escribió como negro de Fray Justo Pérez de Urbel, ha escrito que: «Los impulsos degenerativos (del PSOE) ya han avanzado todo lo permisible. Es el momento de coger la fusta y meter en cintura a los cantamañanas, los caraduras, los aprovechados y los inútiles, que los hay a centenares». Y J.J. Armas Marcelo ha duplicado: «Las fincas del bananeo y la picaresca pastan por doquier entre los socialistas (a las pruebas constatadas hay que remitirse). Incluso el propio «Cándido», que con frecuencia se sienta —aúlico consejero— en la mesa del patrón Felipe, se ha preguntado: «¿Será posible que no tengan el sentido de sus propias convicciones? Se nos aparecen como demasiado cronológicos y circunstanciales, son perros de todas las bodas y cónyuges de ocasión».

El PSOE, Convento de «Arrecogías»

A un panal de rica miel cien mil moscas acudie-

ron... Come mierda, millones de moscas no pueden equivocarse... ¿Cómo no recordar esas citas cuando se contempla el obsceno espectáculo del PSOE convertido en Convento de «Arrecogías», en confortable asilo de arrepentidos y arrepentidas ex aspirantes a revolucionarios/as? José Sanromá (el «camarada Intxausti» de la ORT) Jordi Solé Tura, Manu Escudero, Fernando Claudín, Pilar Brabo, César Alonso de los Ríos, Mohedano, Manuel Castell, Pina López Gay, la Sauquillo...

El PSOE, casa de masajes ideológicos

La cúpula del PSOE no se recata de exhibir públicamente que su control de los afiliados descansa en el mecanismo del Sindicato del Pesebre. En «Inter-viú» (nº 594, pag. 103) se relata una estremecedora anécdota de la reciente Escuela de Verano del PSOE: «A un concejal del Ayuntamiento valenciano que criticaba su política económica, por hacer 'más ricos a los ricos y más pobres a los pobres', Solchaga contestó: 'Eso es mentira. A ver si te atreves, compañero, a enseñar tu declaración de la renta'. ¿Está claro o hay que explicar que la política económica socialista reivindica que por lo menos ha hecho ricos a los pobres socialistas».

Benegas ha proclamado que el PSOE necesita «renovar el pacto con las clases medias». Por eso Solchaga va a reducirle 40.000 pesetas de impuestos al obrero que gane millón y medio de pesetas anuales mientras que el «aliado de la clase media» que gane 12 millones al año le va a rebajar más de 400.000. Para que no se vea que son interclasistas y que se han acabado los privilegios de los obreros bajo el Gobierno del PSOE.

Pero, en fin, ¿dónde está el truco de la «movida» del XXXI Congreso? Hagamos caso a Marx, indagemos sobre la economía política».

El PSOE de Felipe se prepara para hacer funcionar al Partido como casa de masajes ideológicos que lave convenientemente el cerebro a los obreros españoles. Los mensajes básicos son dos: 1) Abandonad toda esperanza de acabar con el paro. Aunque el PIB crezca hasta el año 2000 con tasas altas (por encima del 3% anual) «no va a ser posible reducir sustancialmente las actuales tasas de paro». «El paro es, en su mayor parte, de naturaleza estructural y su reducción sólo se logrará a lo largo de un dilatado proceso de tiempo». 2) Los empresarios (¡bentitos sean!) tienen que ganar más para ver si se animan a invertir y, naturalmente, para ello «los sindicatos tendrán que pedir a sus asociados que renuncien a parte de hipotéticas mejoras salariales o sociales», porque «la moderación de los costes laborales es un pilar fundamental para la política económica».

Y la guinda: «hay que eliminar las rigideces del mercado laboral». Osea: despido libre y gratuito, contratos temporales como regla.

A esta abyecta servidumbre del Capital ha conducido el Veintisiete Vendimiario de Felipe González (la víspera del Congreso Extraordinario del PSOE en 1979 en el que Felipe hizo de él «su» PSOE). A la final agonía del PSOE como partido obrero. Una agonía que, como la de los bueyes, tiene pequeña la cara.